

XIX

EL MES DE ENERO DE 1854

Al ver París á principios de 1854, no se hubiera sospechado la tempestad que se preparaba: había llegado la época de la apertura de los salones; bailábase en el mundo oficial, en los salones del barrio San Germán y en los de la alta banca, y los teatros estaban siempre llenos. Jamás hubo en la gran ciudad tanto lujo y animación, y nadie pensaba en privarse de ninguna distracción ni placer. Muy lejos, allá en el valle del Danubio, era donde turcos y rusos libraban batalla, y el vulgo del público parisiense creía aún que Francia tendría el buen juicio de no mezclarse en sus contiendas más que por la diplomacia.

Tal era igualmente la impresión del general de Castelbajac, que escribió desde San Petersburgo á M. Drouyn de Lhuys lo siguiente, en 2 de enero de 1854: «A pesar de la irritación que ha producido en el emperador Nicolás la noticia de que nuestras escuadras se hallan en el mar Negro, tengo motivos para creer que sus disposiciones conciliadoras no han cambiado, que aún quiere evitar á toda costa las probabilidades de un conflicto con nuestras flotas, y que las suyas no se moverán de Constantinopla si las del sultán no las atacan ó las desafían bajo la protección de las nuestras, pues en adelante más bien se tratará en este asunto del orgullo nacional ruso y de la altivez resentida del soberano, que no de su ambición y de los intereses materiales de su Imperio.»

En 9 de enero, el general escribe á M. Thouvenel: «No creo que nos den nuestros pasaportes; si la altivez moscovita se subleva, no será sin reflexión. Así pues, creo que tendremos tiempo de respirar y de tomar las precauciones necesarias para nuestra retirada de Rusia. Suceda lo que quiera, estoy dispuesto á ejecutar resuelta y concienzudamente las órdenes del ministro. Hasta me será más fácil esto que estar en desacuerdo con todo el Occidente sobre la apreciación de los hechos que conciernen á Rusia; pero en esto debo siempre, antes, ahora y después, obrar según mi conciencia, pues no tengo, á Dios gracias, la necia pretensión de dirigir en nada la política de mi soberano, porque soy un celoso discípulo de su obra.»

Así en San Petersburgo como en París continúan las fiestas y se frecuentan los teatros. La sociedad rusa está irritada contra Inglaterra; pero no contra los franceses. El general de Castelbajac añade: «Anteayer, en una comida en casa del canciller Nesselrode, su sobrina, la señora Kalergis, tomó calurosa-

mente el partido de Francia, pero sobre todo del emperador Napoleón y de la emperatriz Eugenia. Dirigiéndose á M. Seniavine, moscovita y ortodoxo de pura raza, le dijo: «Parece que no sois de mi opinión. — No del todo, lo confieso. — Pues bien, repuso la señora Kalergis, estáis en un error, porque todo cuanto he dicho ahora de Napoleón III y de la emperatriz Eugenia, como hombre, como mujer y como soberanos, es la más exacta verdad, y no puedo rectificar nada.» M. de Nesselrode puso término al debate, bromeando sobre la *animación* de su sobrina Seniavine, pero sin mal humor y aprobando todo lo bueno que se había dicho del emperador y de la emperatriz.»

Al mismo tiempo, las grandes damas rusas que se hallaban en París eran siempre objeto de la más lisonjera acogida. El 13 de enero el coronel Fleury, primer caballerizo del emperador y comandante del regimiento de guías, dió una fiesta tanto más elegante cuanto que las invitaciones eran más raras. Al día siguiente el general Bosquet, uno de los héroes de la próxima guerra, escribe á su amigo M. Rivet: «La vida de París es la que ya conoces y la que puedes imaginar, prescindiendo de algunos incidentes divertidos, como el pequeño baile de ayer de treinta á cuarenta personas en casa del coronel de los guías, que había reunido á las mujeres más *lindas* de París en una elegante sociedad. Me he divertido hasta que se apagaron las luces á eso de las tres de la madrugada. Había muchas rusas y entre otras la sobrina del príncipe Menchikoff. Todo era encantador.»

El general Bosquet no consideraba todavía probable la eventualidad de la guerra, pues en esa misma carta del 14 de enero añade: «M. Pietri, prefecto de policía á cuyo lado comí ayer, creía saber que acababa de llegar una noticia según la cual Nicolás había escuchado proposiciones de paz, cosa que produjo en la Bolsa una alza de dos francos.

»Figúrate que en Francia no se ha hecho aún ningún preparativo; la caballería no tiene ni hombres ni caballos, así como tampoco la artillería, ni se ha dado orden alguna para atender al equipo de las dos armas y al aumento necesario del nuevo material.

»Al ver los semblantes de toda nuestra sociedad se puede reconocer que se teme la guerra, aunque deseándola por lo que pueda tener de favorable para el establecimiento de una nueva dinastía y el cambio más claro y determinado del espíritu público. Pero como hay probabilidades de que la cosa vaya mal si el emperador se ausentase; como hay también más de una mala que depende de la vida de un solo hombre; y en fin, como se debería gastar mucho dinero sin esperanza de ganar gran cosa más que gloria, se comienza á pensar que valdría más esperarse y se parlamenta con todas las precauciones de personas que quieren arreglar un asunto sin cañonazos.»

Sin embargo, el horizonte político se obscurece: al día siguiente de aquel en que el general Bosquet escribió la carta que acabamos de citar, el general de Castelbajac, de ordinario tan optimista, se expresa así en un despacho dirigido

á M. Drouyn de Lhuys: «Yo había sabido de una manera positiva que el emperador Nicolás estaba resuelto á no tomar la iniciativa de una ruptura; pero esta mañana sus disposiciones han cambiado á causa de la llegada de un correo del príncipe Menchikoff. El anuncio de la entrada de una fragata inglesa en Sebastopol para dar la notificación de las potencias marítimas ha puesto al emperador Nicolás fuera de sí, y ha exclamado: «Esto es demasiado; no puedo tolerar más esa arrogancia de Inglaterra; ella nos obliga á empeñar la lucha, y el honor de Rusia está comprometido. ¡Pese la responsabilidad sobre esa nación ante Europa y ante Dios, que saben muy bien que yo deseaba la paz! — Creo de mi deber advertiros que desde hace algún tiempo, en particular, el emperador Nicolás no acusa sino á Inglaterra, aunque no puede tener la idea de no declarar la guerra más que á esa nación.»

Las preocupaciones políticas no impiden que la sociedad de San Petersburgo y de París se apasionen al mismo tiempo por dos grandes artistas. En San Petersburgo, una francesa, la ilustre trágica Rachel, es el ídolo del público; en París, el *debut* de una admirable cantante, la señorita Sofía Cruvelli, en la Ópera, es un verdadero acontecimiento.

En una carta á M. Thouvenel (9 de enero de 1854) el general de Castelbajac mezcla con la expresión de sus alarmas patrióticas el nombre de la señorita Rachel: «Me inquietan mucho, dice, los peligros de la tempestad para nuestras escuadras en el mar Negro, tan peligroso en los meses de enero y febrero, y tan mal conocido de nuestros marinos de la armada.... El frío de 1812 me trae á la memoria un triste recuerdo, y mentalmente le convierto en tempestades y naufragios; pero dejemos las tormentas y todo cuanto es trágico para la señorita Rachel, que hace estragos considerables en los corazones, y sobre todo en la bolsa de los grandes señores rusos, los cuales ceden siempre sin medida al impulso de nuestras modas y de las pasiones del momento.»

En París, la representación del 16 de enero en la Ópera es magnífica y á ella asisten el emperador y la emperatriz. Es el *debut* de Sofía Cruvelli, contratada por cien mil francos al año, cifra enorme en aquella época; canta en los *Hugonotes* el papel de Valentina. Leamos en el *Moniteur* la descripción de aquella solemnidad artística que M. Fiorentino escribió bajo el seudónimo de Rovray: «La señorita Cruvelli, no solamente ha cantado la música de Meyerbeer con amplitud, vigor y realce magníficos, sino que ha sabido dar al personaje de Valentina alma y vida, la pasión, la grandeza, la dignidad, una sensibilidad exquisita, una melancolía angustiosa y una firmeza heroica.... La señorita Cruvelli tiene una voz de notable extensión, casi tres octavas, igual, homogénea, admirablemente timbrada, tan llena y dulce en las notas graves, como pura, enérgica y vibrante en el registro agudo.... Tiene la belleza, la juventud, el ademán osado y sobrio, el porte arrogante, la mirada magnética, y sobre todo el atractivo, el encanto y el vigor dramáticos; tiene ese fuego sagrado que se comunica á todo cuanto la rodea y que se exhala en vivas chispas sobre

el auditorio electrizado.... Los ramos y las coronas se acumulaban en la escena en floridas pirámides; pero lo que más sensible ha debido ser para el corazón de la artista es que SS. MM. el emperador y la emperatriz, que se han dignado asistir á la representación, no salieron de su palco hasta después de bajarse el telón, dando más de una vez la señal de los aplausos.» Recuerdo aquella noche, y puedo decir que los elogios á la gran cantante no tuvieron nada de exagerados. Añadiré que, entre los espectadores, muy pocos sin duda pensaban aquella noche en las inextricables complicaciones de la terrible cuestión de Oriente.

Excepto los militares, embriagados por las esperanzas de ascensos y de gloria, los franceses se mostraban casi unánimes en desear la conservación de la paz; y el mismo emperador Nicolás no quería que se pronunciase delante de él la palabra guerra. El general de Castelbajac escribe á M. Drouyn de Lhuys en 14 de enero: «Pocos días hace, la emperatriz de Rusia preguntaba al emperador cómo se hacía una declaración de guerra. — ¿Por qué me hacéis esa pregunta?, interrogó con voz severa. Deberíais saber que deseo la paz y que jamás declararé la guerra á nadie. — Todos me dicen, la emperatriz misma y la gran duquesa María, muy bien dispuesta en favor de Francia y del emperador Napoleón, que el emperador Nicolás, en efecto, ha manifestado siempre en su familia el deseo de terminar la guerra con Turquía lo más pronto posible, evitar todo conflicto con Francia é Inglaterra y relacionarse más íntimamente con aquella nación, expresando altamente su aprecio y sus simpatías personales por Napoleón III. Pero está irritado contra Inglaterra, y tal vez más preocupado aún sobre la manera de deshacer lo hecho sin humillación para su orgullo y para el honor de Rusia, cuyo patriotismo y fanatismo religioso alcanzan ahora el más alto grado de exaltación.»

El emperador Nicolás acaba de enviar á la capital de Austria á su más íntimo confidente, el conde Orloff, y se quiere creer que esta misión será pacífica. Tal es el ardiente deseo del general Castelbajac, que escribe á M. Thouvenel en 24 de enero: «Espero que al fin tendremos la solución de una manera ú otra, y que, atendida la proximidad del lugar de la escena, recibiréis noticias directamente, y hasta antes que nosotros. Creo que el conde Orloff lleva plenos poderes y que está autorizado para usar de ellos, á menos que por parte de Austria y de la conferencia no sobrevengan nuevos incidentes. ¡Dios quiera que todo esto concluya de una manera ú otra! Habría algo de humillante para la naturaleza humana y para el carácter moral del hombre hecho á imagen de Dios, si todos los soberanos, los políticos, los grandes y pequeños diplomáticos se dejaran conducir fatalmente, en sentido opuesto del camino que desean seguir, por una vía tan contraria á sus deseos como á los intereses de las naciones y de la humanidad entera. Entonces sí que sería necesario hacerse turco, y decir como ellos, con resignación y paciencia: ¡Dios lo quiere! Pero soy cristiano, y no fatalista, y hasta el último instante trabajaré y aconsejaré, repitiendo: «Haz lo que debes y suceda lo que quiera.»

El mismo día en que el general diplomático escribe en San Petersburgo esta carta tan pacífica, en París se da en las Tullerías un gran baile, al que asiste el embajador de Rusia con todo el personal de su legación. La fiesta no parece perturbada por ningún pensamiento sombrío; y á la claridad de las arañas y al sonido de la música, el palacio presenta un aspecto alegre y magnífico. El emperador viste uniforme de general de división, con el calzón corto de casimir blanco, medias de seda y zapatos con hebilla. La emperatriz, ostentando con suprema gracia los mejores diamantes de la corona, está radiante de belleza. Todos los militares, todos los funcionarios, incluso los magistrados, van de uniforme, con calzón corto y medias de seda, y los demás convidados visten el traje de corte, con el espadín al costado. Ninguna nube contrista la expresión de los soberanos ni de los asistentes. En el rigodón de honor con que se comienza el baile, el emperador tiene por pareja á la princesa Matilde, y la emperatriz al embajador de Inglaterra, lord Cowley. Durante aquella fiesta no hay ninguna conversación alarmante, y se cree tanto menos en la guerra cuanto que todos los generales están unánimes en decir que no se hace ningún preparativo.

El 29 de enero el emperador da personalmente un paso del todo pacífico respecto al tsar, dirigiéndole una carta amistosa por la forma y conciliadora en el fondo. «Declaramos, dice, que se firmará un armisticio; las tropas rusas abandonarán los principados y nuestras escuadras el mar Negro. Si V. M. prefiriese tratar directamente con Turquía, puede nombrar un embajador para negociar con un plenipotenciario del sultán, y el convenio que resulte de esas deliberaciones será sometido al examen de cuatro potencias (Inglaterra, Austria, Francia y Prusia).» Napoleón III termina rechazando todo sentimiento de animosidad, y de todas las seguridades contenidas en su larga carta, seguramente ésta es la más sincera.

Mientras se espera la contestación, que será la paz ó la guerra, las fiestas continúan en París. El 28 de enero se da en el Hotel de Ville un baile, en el que cinco mil convidados circulan y bailan sin ningún entorpecimiento en los magníficos salones donde se admiran los nuevos frescos de Lhemann en la galería de las Fiestas y de Eugenio Delacroix en el salón de la Paz.

Al día siguiente, 29 de enero, el rey Jerónimo da en el Palais-Royal un pequeño baile en honor de la emperatriz. El antiguo soberano de Westfalia cree aquella noche que la guerra es inminente, y hablando á solas con el general Bosquet, le dice: «Tendréis muy buenas cosas que hacer en esa guerra de Oriente, y abrigo la confianza de que aventajaréis á vuestros mayores, porque sabéis más que ellos. Os deseo el más feliz éxito.» A pesar de lo que le ha dicho el rey Jerónimo, el general Bosquet cree aún en el mantenimiento de la paz, y con fecha del 30 escribe á M. Rivet: «Querido amigo: He aquí el fondo de mi pensamiento. El emperador teme demasiado la guerra para dejar de retener con ambas manos las riendas, haciendo todos los esfuerzos posibles á fin de conser-

var la paz. La Alemania entera lo desea también, poco más ó menos como Francia; y tan sólo Inglaterra quiere lucha para destruir la flota de los rusos y defender el paso de la India, que pertenecería á Rusia muy pronto si la dejaran aproximarse tranquilamente á Constantinopla.»

A los ojos del general, la prueba de que se quería la paz era que no se preparaba la guerra.

«En Francia, añade en la misma carta, los preparativos de guerra son nulos ó casi nulos. La artillería no podría dar más que catorce baterías equipadas, conservando en los depósitos una de instrucción para cada regimiento, y la caballería tiene cuarenta ó cincuenta individuos por escuadrón con otras tantas monturas: nada más. Ya ves que las economías han dejado al ejército bien reducido hasta bajo el pie de paz formal, que precede al pie de guerra. En la infantería hay de treinta á cuarenta hombres por compañía, y los almacenes se hallan vacíos. No se hace nada ó casi nada para reorganizar, y ya tocamos en la primavera. Ya lo ves, todo está atrasado y la guerra no se hará aún. Hay muchas razones para ello, atendido el estado de los ánimos en Europa, y muy poco se puede ganar con la guerra. Se ha de agregar la misión de Orloff, que cada cual comenta en el sentido de la paz.»

¿Cómo termina en París el mes de enero de 1854? Por un artículo del *Moniteur* del 31, que es una invitación al lujo y á los gastos. «En las fiestas como la del Hotel de Ville y en la de las Tullerías, dice el diario oficial, se ha de ver algo más que una gran ostentación de magnificencia: su verdadero objeto es favorecer á las clases laboriosas. A ejemplo del emperador y de la emperatriz, el Consejo municipal de París ha pensado que los gastos de un gran baile caen como lluvia de oro sobre todas las industrias de la capital. La caridad más eficaz es aquella que, dando trabajo, hace vender á la vez los productos; y si es bueno socorrer la indigencia, más vale aún prevenirla. En sociedades como la nuestra, la industria, hasta la de lujo, es una parte considerable de la riqueza pública.»

Este llamamiento á los gastos fastuosos no dejará de ser oído. Se entra en un período en que la guerra y el placer van á marchar de consuno; jamás los combates habrán sido más sangrientos, ni las fiestas más brillantes.